

## El sendero de Rodrigo Moren, un homenaje

Diego Alfaro Palma<sup>1</sup>

*“Es preciso volver a bautizar estas flores; liberarlas de las redes de la ciencia para reinsertarlas en la red del mundo en que las han visto mis ojos”.*

*Philippe Jaccottet*

Camino a la sombra de los molles y en sus hojas voy buscando el movimiento acelerado de los insectos. Vienen a buscar el descanso de la tarde y yo a encontrarme con mi amigo. Siento que me sigue el paso en estos últimos y difíciles días del verano. Cuando alzo la vista, veo que un enjambre danza en un recorte de luz. Y ahí, por fin, hallo algo de paz. Él me había dicho una vez que, en lo abierto, en el canto de los pájaros, en el zumbido, en la sombra de un buen árbol podría sentir su abrazo y su salud. Creo que es cierto, y más cierto aún decir que es imposible hablar de Rodrigo Moren, sin aludir a las fuerzas manifiestas de este planeta y las estrellas.

Lo conocí justamente en su librería, Libro Verde, ubicada en Orrego Luco 051, en Providencia, una de las calles más bellas de la capital. Esa tienda la había levantado a pulso junto a su compañera y esposa, Verónica Amoroso. Muchos de los que allí entran sienten lo mismo, una especie de calidez. Otros muchos a ese lugar lo han llamado “refugio”, y creo que también es una buena manera de nombrarlo. Un refugio en medio de la polución, el ritmo imparabable de las avenidas. Tal vez sea porque cada uno de los muebles los diseñó y los montó Rodrigo, o por el trato amable y cariñoso de Verónica, y de los demás vendedores que han pasado por ahí, y que incluyen a sus cuatro hijos.

Llegué ahí como un mero proveedor, como un vendedor de una distribuidora nueva que traía material literario desde España, México y Argentina. Venía justamente de pasar unos largos años en ese último país, viviendo de librero en Buenos Aires, la capital de los libros al sur del mundo. Sin embargo, al entrar a Libro Verde, me di cuenta que en los estantes se unían dos de mis pasiones más vivas: la naturaleza y la literatura. Rodrigo había creado con un ojo clínico un catálogo extremadamente rico, bien nutrido, con títulos difíciles de pillar. A esto se unía el detalle no menor de que a estos se sumaban ilustraciones, cuadernos, stickers, juegos didácticos, mapas, guías y un sin número de objetos creados por emprendedores amantes de la flora, fauna y funga nativa.

Con Rodrigo uno se podía pasar la tarde conversando, pasar desde su pasión por el jazz de John Coltrane o Pharoah Sanders al tipo de vegetación altoandina, las crónicas de viaje por el Ártico del siglo XIX, la poesía de Nicanor Parra hasta concepciones del diseño holandés. Entre medio el humor, siempre el humor, las anécdotas innumerables, porque era un gran coleccionista de ellas. Así comenzó nuestra amistad, y siento que otras y otros también se estableció de la misma manera.



<sup>1</sup> Escritor y naturalista. Editor en Ediciones Libro Verde. Chile. Correspondencia a: [distribucion@libroverde.org](mailto:distribucion@libroverde.org)

Su anécdota favorita era la de cómo había montado Libro Verde, porque Rodrigo era un reparador de lo vivido, alguien que valoraba mucho las caídas y los ascensos luego de esas caídas, no estaba hecho de triunfos, sino de mucho esfuerzo y siempre se planteaba desde ahí, diciéndote que antes de la tienda el proyecto nació en su casa, en las redes sociales, pero también en la calle, haciendo ferias por todo Santiago y también en regiones con su familia. En los comienzos, él vendía, envolvía y entregaba los productos en su bicicleta, su medio de transporte favorito. Pedaleando se fue haciendo de seguidores y también de títulos que iba a buscar a las distribuidoras.

Montó Libro Verde porque se daba cuenta de la necesidad de crear un espacio en el cual reunir una bibliografía en torno a temas de conservación y experiencias en lo salvaje. Esa idea le vino siendo profesor de arquitectura y diseño, que es la carrera que él siguió y en donde desarrolló proyectos tan importantes como la implementación de muebles y espacios en el Museo Interactivo Mirador. Brindando contenidos a sus estudiantes se percató que los temas que él exponía no tenían ni siquiera un espacio en las librerías, ni mucho menos en las bibliotecas universitarias.

Ahí siento que dio en el clavo. Porque tras varios proyectos positivos y otros fallidos, logró unir los temas que le apasionaban en la creación de un lugar, como buen arquitecto, desde el cual intercambiar experiencias, aunar la poesía, la ciencia y el activismo. Y así sus estudiantes, sus clientes y nuevos buscadores de material para proteger la naturaleza se encontraron en torno a los libros, esos aparatos portátiles de conocimiento que nunca pasan de moda.

Otro punto importante, fue el dilucidar la importancia del endemismo en Chile. Dada su condición de isla geográfica, nuestro país posee una biodiversidad sumamente rica, con especies autóctonas que solo habitan este territorio. Alrededor de ello, estableció una guía, un sendero que recorriera el centro de la propuesta: valorar esa variedad y ponerla a la vista. La idea de Rodrigo se basaba en que cada uno puede ser un naturalista, cada uno leyendo, saliendo a terreno, compartiendo puede involucrarse en cuidar y enseñar, siempre desde el cariño y la fraternidad, sin jerarquías, meramente con el impulso y, de esta manera, la librería-refugio movilizó, educó y abrió más senderos.

Ocho años le tomó consolidar ese concepto, para en 2023 abrir la primera sucursal en el Mut de Tobalaba. Entre medio, Rodrigo comenzó

otra aventura colectiva, con la visión de crear una editorial. En 2020 vería la luz el primer título de Ediciones Libro Verde, *Patagonia Bravía* una recopilación de las columnas del baquiano W.H. Greenwood y que muestra en pleno el desastre de la colonización patagónica. Luego vendrían *Mi primer libro de flora y fauna de Juan Fernández*, un título en donde Rodrigo avistó una veta hacia literatura infantil.

Dentro de los hitos del sello, se podrían mencionar la medalla Colibrí obtenida por *Crómaticos*, un libro que enseña los colores a partir de la biodiversidad existente en el país. Las segundas ediciones de *Patagonia Bravía* y de *Travesía botánica por Chile*, de la viajera inglesa Marianne North, demuestran que en poco tiempo la editorial tomó forma, a lo que se suma la selección de títulos como *Cetáceos y otros mamíferos marinos*, *Hongos de la zona central* y *Hongos comestible silvestres* dentro de los catálogos de las bibliotecas públicas (CRA); estos tres últimos títulos, son fruto de un trabajo en colaboración con distintas fundaciones y organizaciones, además de ser objetos finamente ilustrados y elaborados.

Dentro de los desafíos que Rodrigo tenía por delante estaban finalizar una completísima edición de *Insectos de Chile* y una versión anotada de *Sur* de Ernst Shackleton, además de la consolidación de la colección Cuadernos de Naturaleza, en la que ambos, junto a Fernando Correa, desarrollamos pequeños ensayos y crónicas escritas por naturalistas chilenos en torno a su relación con una especie y un ecosistema; de esta colección lograron aparecer los volúmenes *Coyán, una crónica del roble nativo* de Felipe Moncada, *Águilas: Zuri, Zorba y Rapel* de Eduardo Pavez y *Cabuel, mi viaje con el delfín chileno* de Carla Christie. Toda esta enorme tarea es algo que debemos mantener, como forma de homenajear su trabajo y su inagotable creatividad y energía, como la de un bosque, interconectado entre raíces y micelios, un hábitat.

Por más libros que uno haya escrito o editado, escribir estas líneas resulta tremendamente difícil, a tan solo dos semanas de su fallecimiento. En su funeral apenas se podía contar la multitud de los asistentes, todos dolidos por la inesperada noticia. Desde sus familiares a sus compañeros en el colegio San Ignacio, hasta sus estudiantes universitarios, científicas, escritores y libreros (de los cuales Rodrigo era el director de su sociedad), una variedad que demuestra una manera de trabajar y de unir personas en pos de la protección de la vida, la enseñanza

de otras maneras de vivir y desarrollarnos en y con el planeta, en fin, de cuidar lo que está en peligro de desaparecer.

Como dijo un amigo suyo ese día de la despedida, esta nunca será una despedida, porque el legado de Rodrigo Moren es tan intenso y duradero que es posible que por muchas décadas sigamos su camino conversando en la soledad con él, bajo la sombra de los molles y peumos, alrededor del canto de cigarras y loicas que recortan el aire. Tal

vez por eso estaba tan motivado por crear una literatura de la naturaleza, porque a su manera, como John Muir, Alexander von Humboldt, Luis Oyarzún o Marianne North, Rodrigo fue un aventurero, un ser inalcanzable, que otras épocas hubiera hallado un continente del cual se había perdido referencias, pero que viviendo en este tiempo nos recordó lo urgente y lo importante de conocer los nombres de las cosas, como una forma de amar y de proteger lo que nos rodea.